EL TIEMPO EJE DE MÉXICO, 1855-1867

*Raúl Figueroa Esquer**

RESUMEN: El artículo narra y analiza los principales acontecimientos políticos, sociales, económicos e internacionales que afectaron la historia de México durante el período comprendido entre 1855 y 1867, época de la creación del Estado republicano, liberal, federal y secular, que tuvo que hacer frente a la opción conservadora, centralista y clerical. Finalmente, se opuso al proyecto monarquista, liberal, centralista y regalista: es el partaguas del México moderno.

ABSTRACT: This article chronicles and analyzes the major Mexican political, social, economic, and international events during the period (1855-1867). This is the time of creation of the republican, liberal, federal, and secular State in opposition to the conservative, centralist, and clerical alternative. By the end of that period, it faced the monarchical, liberal, centralistic, and royalist agenda. It is the turning point in modern Mexican history.

PALABRAS CLAVE: Reforma, Intervención francesa, Segundo imperio, liberales, conservadores, México.

KEY WORDS: Reform, French intervention, Second Empire, liberals, conservatives, Mexico.

RECEPCIÓN: 8 de septiembre de 2011.

APROBACIÓN: 11 de octubre de 2011.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

EL TIEMPO EJE DE MÉXICO, 1855-1867

*A Julián, apreciado amigo y colega...
por encima de nuestras discrepancias.*

La reforma

El triunfo de la revolución de Ayutla, en agosto de 1855, que terminó con la última administración santannista (1853-1855), abrió nuevas perspectivas para los liberales mexicanos. Juan Álvarez fue designado presidente interino de la República por una junta de representantes. Álvarez inició en octubre, en Cuernavaca, la formación de un gobierno en el que ocuparon un lugar destacado dos liberales relevantes: Melchor Ocampo y Benito Juárez. No todos los integrantes del gobierno de Álvarez pueden ser catalogados como liberales “puros” o radicales, pues alguno de ellos militaba en la tendencia “moderada”, en la que destacaba Ignacio Comonfort. No obstante estas divisiones, en todos ellos existía el firme propósito de reformar una sociedad y un Estado que, desde su independencia, había carecido de solidez, que es la característica primordial de una sociedad y un Estado moderno. El primer acto de gobierno consistió en convocar a un congreso que debería tener carácter constituyente.

Los conservadores habían contado con un programa y unos líderes propios. Programa y líder lo tuvieron en la persona de don Lucas Alamán, polígrafo y fundador del Partido Conservador, quien dotó a los conservadores de toda una serie de planteamientos ideológicos que los situaban en una línea de pensamiento cercano al conservadurismo europeo; es decir, que no puede considerarse el pensamiento de Alamán meramen-

RAÚL FIGUEROA ESQUER

te reaccionario. Fue una pérdida inmensa para los conservadores el que Alamán falleciese el 2 de junio de 1853, casi al dar inicio la última administración santannista. Desaparecida la cabeza de los conservadores, Santa Anna careció del freno que le imponía Alamán. Otros conservadores también fallecieron, como José María Tornel, o se alejaron del dictador, como Antonio de Haro y Tamariz. Sin embargo, a la caída del mismo, gran parte de su descrédito cayó sobre dicho partido político.

Los liberales tenían un programa propositivo de gobierno, que ciertamente se radicalizó durante la guerra de reforma, aunque a fines de 1855 el programa ya existía. Éste se centraba en lograr la separación de la Iglesia y del Estado, la abolición de los fueros militares, que éstos acataran el poder civil y lograr una desamortización de los bienes pertenecientes a las comunidades religiosas, que después fue extendida a las comunidades indígenas.

Los conservadores, en cambio, carecieron de programa propositivo durante gran parte de este período y se centraron en una actitud “anti” todas las medidas de los liberales. Por otra parte, dentro del Partido Conservador fue ganando mayor significación el elemento militar sobre el eclesiástico y los conservadores civiles. Es importante recordar que dichos militares provenían de un ejército pretoriano, de héroes de golpes de Estado y pronunciamientos, y que habían sido incapaces de defender decorosamente el territorio nacional durante la pasada invasión norteamericana. El hecho de que dicho ejército no estuviese dispuesto a transformarse en una fuerza armada, que acatase el poder civil constituido y abandonara sus hábitos inveterados, propició que los ánimos se tornasen irreconciliables.

Durante la corta administración de Álvarez se expidió un decreto firmado por Juárez, el cual suprimía los tribunales eclesiásticos y militares para delitos comunes. Fue la señal de alarma para los que se veían afectados; el arzobispo de México, Lázaro de la Garza y Ballesteros, y el obispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía, protestaron por esta ley.¹

¹ Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, 1964-1970, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, t. II, Ley Juárez, pp. 98-115, protestas, pp. 122-3.

Juan Álvarez abandonó la presidencia del país debido a sus achaques, a su avanzada edad, a su poco gusto por las tareas de una administración que se preveía harto difícil y, aunado a lo anterior, a la atmósfera elitista de la ciudad de México. El gobierno provisional recayó en la figura del conciliador Comonfort, quien convocó a un congreso constituyente para dotar de una carta magna a la nación.

El Congreso inició sus sesiones el 18 de febrero de 1856 y las concluyó el 5 de febrero de 1857. Fueron pocos los conservadores que formaron parte del mismo, aunque también es necesario especificar que los liberales moderados lograron imponer una tendencia centrista, reflejada en la Constitución promulgada el 11 de marzo. En el Congreso no faltaron voces que denunciaban los angustiosos problemas sociales, tales como la miserable situación de los peones. Es de destacar la presencia de estos luchadores sociales, representados por Ponciano Arriaga, José María del Castillo Velasco e Isidoro Olvera, aunque, es cierto, fueron voces aisladas. El resultado de la Constitución establecía una República semiparlamentaria, con presidente electo por voto directo, división de poderes, supresión del Senado. Esto perfiló una República unicameral, opuesta a la existencia de una segunda cámara, que era considerada un lastre conservador para muchos de los constituyentes.

No se logró la separación de la Iglesia y del Estado, ni la libertad de cultos. Pero, eso sí, desde el 25 de junio de 1856 se promulgó una Ley de desamortización de bienes de la Iglesia y Corporaciones,² llamada Ley Lerdo, la cual Jan Bazant ha explicado lúcidamente.

Lerdo presentó su nueva ley, la característica principal de la cual era que la propiedad de todo predio urbano o rural que perteneciera a corporaciones eclesiásticas y civiles sería asignada a los respectivos inquilinos y arrendatarios, por una cantidad que resultara de la capitalización de la renta al 6%; es decir, la conversión de la renta anual al valor de la propiedad (mientras más alta la tasa de interés, más bajo el valor). Las corporacio-

² Para entender el rubro “Corporaciones” es importante conocer el artículo 3o. de dicha Ley. “Bajo el nombre de corporaciones se comprenden todas las comunidades religiosas de ambos sexos, cofradías y archicofradías, congregaciones, hermandades, parroquias, ayuntamientos, colegios y, en general, todo establecimiento o fundación que tenga el carácter de duración perpetua o indefinida”, *ibid.*, t. II, pp. 197-206.

nes eclesiásticas incluían no sólo conventos de hombres y mujeres sino también cofradías o hermandades, escuelas o colegios —en una palabra, todas las instituciones asociadas con la Iglesia. La ley también afectaba la propiedad de las corporaciones civiles en el sentido de que, en lo sucesivo, ninguna corporación podía poseer bienes raíces. Los futuros propietarios deberían el valor capital de la propiedad, asegurado por su hipoteca, a la corporación eclesiástica y podrían rescatar a su conveniencia toda o parte de la deuda cuando quisieran. Los nuevos propietarios tendrían que seguir pagando a la corporación la misma cantidad que habían estado pagando hasta entonces como renta; en cambio la renta se convertiría en el interés del capital. Lerdo contemplaba de ese modo la transformación de la Iglesia en un gigantesco banco hipotecario y del grueso de inquilinos y arrendatarios en terratenientes, tanto urbanos como rurales. Los liberales creían que la desamortización por sí misma traería el progreso económico; los antiguos arrendatarios mejorarían la tierra y harían inversiones en su recién adquirida propiedad. Otro propósito de la ley era político y social: los liberales deseaban crear una clase media que les proporcionara una base social que necesitaban tan urgentemente, especialmente en el campo, porque hasta entonces eran un movimiento minoritario. Se esperaba que los futuros propietarios los apoyarían, puesto que comprarían la propiedad con un descuento del 16.67%: ésta fue la razón para adoptar una capitalización del 6% en vez del acostumbrado 5%, que Mora había recomendado en sus proposiciones. La ley Lerdo anticipaba la posibilidad de que los inquilinos hostiles al gobierno pudieran rehusar adquirir la propiedad que se les ofrecía. Si el inquilino o arrendatario no reclamaba la propiedad en tres meses, cualquier otra persona podía reclamarla y comprarla; si no había quien la reclamase sería subastada. El inquilino o arrendatario estaba bajo obvia presión para adquirir la casa en que vivía y donde quizás tenía un taller o un comercio, o la tierra que cultivaba, pues de otra manera podría ser privado de la tenencia o del arrendamiento por un perfecto desconocido. Una vez que se convirtiera en terrateniente bajo la Ley Lerdo, probablemente sería considerado por el clero con hostilidad y de esta manera estaría obligado a abrazar la causa liberal. Comprar o no comprar, por lo tanto, sería una decisión difícil para una gran cantidad de gente: involucraba por un lado ventajas materiales y escrúpulos de conciencia o amenazas de excomunión por el otro. La ley parecía bastante inofensiva; ciertamente no parecía ser de carácter confis-

cador. La Iglesia, empero, la tomó como un complot para privarla de sus propiedades y, por la tanto, negó su aprobación. A pesar de esto, la ley fue implantada y para fines de 1856, propiedades valuadas en 23 millones de pesos fueron vendidas a más de 9,000 individuos. La mayor parte de los compradores eran inquilinos de la casa que compraban; aunque pobres, ahora se convertían en pequeños propietarios y como tales, aun cuando tuvieran reservas acerca de la ley, adquirirían interés en la continuación del régimen liberal. Pero la desamortización tenía su lado oscuro. Una minoría importante de inquilinos se abstuvo de reclamar la propiedad; entonces ésta era subastada y comprada por especuladores ricos, algunos de los cuales eran hombres de finanzas, bien conocidos que se especializaban en hacer préstamos al gobierno, como resultado de lo cual habían llegado a acumular una porción considerable de bonos gubernamentales. Los prestamistas habían estado relacionados previamente con los regímenes conservadores, pero por razón de su nueva inversión, estarían atados al destino del Partido Liberal. Por supuesto los inquilinos se sentían agraviados por los nuevos propietarios y esperaban el día en que la propiedad fuera devuelta a la Iglesia. En el campo, las haciendas se habían rentado enteras a una sola persona que así se convertía en hacendado. Con algunas excepciones, poco se logró en el sentido de formar una clase media rural como resultado de la desamortización de las propiedades de la Iglesia. Además, los hacendados existentes veían una oportunidad en la desamortización para redondear sus pertenencias; desde luego la mayor parte de ellos eran conservadores y es un hecho curioso que hasta donde se sabe ninguno protestó contra la liberal Ley Lerdo. Por otro lado, muchos hacendados prominentes, tanto liberales como conservadores, protestaron en julio de 1856 contra unos cuantos proyectos de moderadas reformas agrarias que estaban entonces a consideración del Congreso Constituyente.³

Por mi parte puedo agregar que, si la Ley Lerdo se compara con las leyes desamortizadoras expedidas por los liberales españoles en 1836 y por los piemonteses en 1856, resalta la moderación que guió la actuación de los liberales mexicanos. No pretendían despojar a la Iglesia de sus propiedades en un acto de expropiación forzosa, sino

³ Jan Bazant, *Breve historia de México. De Hidalgo a Cárdenas, 1805-1940*, 1981, México, Premiá, pp. 68-70.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

que mediante un pago convenido con los adjudicatarios se pusieran en circulación una serie de bienes amortizados; esto es, que estaban fuera del mercado.

No obstante, dicha moderación no pudo ser comprendida por muchos obispos que decidieron oponerse a dicha Ley y pronto, aun antes de que la Constitución fuese promulgada, tuvo lugar una sublevación en el estado de Puebla, conocida como la rebelión de Zacapoaxtla, con la colaboración del párroco de esta localidad. El presidente Comonfort en persona acudió a sofocar a los sediciosos.

Aunque no se ha podido demostrar la participación en la rebelión de Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, obispo de Puebla, al ser sometidos los sublevados y ocupada dicha ciudad, Comonfort, ante las exigencias económicas de su ejército, ordenó confiscar los bienes del episcopado poblano y la expulsión de su obispo.

Sin lugar a dudas, la Ley Lerdo tuvo efectos devastadores en las comunidades indígenas y en los bienes que hasta entonces pertenecieron a los ayuntamientos. T. G. Powell ha demostrado los efectos ruinosos que tuvo en los pueblos del centro de México la aplicación de la citada ley.⁴ Sin embargo, es importante resaltar que la mayor parte de los despojos de tierras a comunidades y ayuntamientos se llevará a cabo años después, ya durante el Porfiriato.

Comonfort tomó posesión como presidente constitucional el 1° de diciembre de 1857, jurando la carta magna, aunque estaba lleno de dudas sobre si dicha Constitución era la adecuada para México. Benito Juárez ocupó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia.⁵ Pocos días más tarde, el 17, Comonfort propició un autgolpe de Estado,⁶ por medio del general Félix Zuloaga. Comonfort creía encontrar la conciliación moderando a los liberales. Juárez fue hecho prisionero. Zuloaga, a su vez, ante la actitud dubitativa asumida por Comonfort, llevó a cabo un nuevo

⁴ Thomas Gene Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México, 1850-1876*, 1974, México, SepSetentas, traducción de Roberto Gómez Ciriza.

⁵ Del 3 de noviembre al 11 de diciembre Juárez también ocupó la Secretaría de Gobernación.

⁶ Véase el artículo de Silvestre Villegas Revueltas, "La Constitución de 1857 y el golpe de Estado de Comonfort", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, julio-diciembre 2001, núm. 22, pp. 53-81.

golpe de Estado contra el indeciso presidente el 11 de enero de 1858, “por no haber correspondido a la confianza que en él se había depositado”.⁷

Inmediatamente, Comonfort abandonó el país. Antes ordenó liberar a Benito Juárez, quien se trasladó a la ciudad de Guanajuato, donde el 19 de enero de 1858 tomó posesión de la Presidencia de la República por ministerio de Ley.

De 1858 a 1861 tendrá lugar una terrible guerra civil en México, conocida como Guerra de Reforma o Guerra de los Tres Años.⁸ Como cualquier contienda de este tipo, implicaba la existencia de dos gobiernos: uno *de facto*, con residencia en la ciudad de México, y otro *de iure*, representado por Juárez. La capital de este último radicaba en el lugar en que vivía el presidente legal: Guanajuato, Guadalajara, Manzanillo y, finalmente, Veracruz.

Zuloaga, el triunfador del golpe de Estado, se hizo con el poder en la ciudad de México y fue nombrado, el 21 de enero, presidente provisional por una Junta de Representantes de los Departamentos (todos conservadores). Abolió la Constitución y todas las leyes decretadas por los liberales que afectaban los privilegios del clero y del ejército, así como la Ley Lerdo. No podía expresarse de manera más clara y patente la ausencia de un programa político.⁹ Los conservadores contaron con el mejor ejército desde el punto de vista militar, en el que figuraron grandes generales como Leonardo Márquez y Miguel Miramón, así como excelentes tácticos y estrategas, con sólida formación profesional, como Luis G. Osollo.

1858 fue un año de triunfo de las armas conservadoras, que derrotaron a las fuerzas liberales en gran parte del territorio nacional. Ésta fue la razón por la que Juárez se embarcó en Manzanillo, el 14 de abril, y siguiendo la ruta Panamá-La Habana-Nueva Orleans, arribó un mes más tarde a Veracruz. En este puerto los liberales contaron con la cooperación de su gobernador, Manuel Gutiérrez Zamora.

⁷ José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, 1972, México, Editorial Cumbre, t. V, p. 275.

⁸ “Al iniciarse la [...] Guerra de Reforma, el moderantismo-liberal era ya obsoleto”, Villegas Revueltas, *op. cit.*, p. 80.

⁹ Para matizar esta opinión contamos con el reciente estudio de Oscar Cruz Barney, *La República central de Félix Zuloaga y el estatuto orgánico provisional de la República de 1858*, 2008, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

Los liberales van a ir constituyendo un ejército formado por civiles armados sin formación profesional, pero que a la larga le dará el triunfo sobre los conservadores. Santos Degollado, Jesús González Ortega e Ignacio Zaragoza serán sus líderes indiscutidos. El hecho de que los dos últimos fueran hombres del norte de México (zacatecano el uno, tejano-mexicano el otro) no debe pasar inadvertido. En efecto, en el norte y en algunos lugares de las costas, los liberales encontraron un mayor número de seguidores. En ambas regiones la Iglesia y el ejército nunca habían tenido una influencia importante.

Durante el año de 1859, sin duda el más desgastante para la lucha, tendrá lugar un equilibrio de fuerzas entre ambos contendientes. La Iglesia ayudará en la medida de sus posibilidades, ya muy mermadas, a los conservadores; pero a su vez sufrirá despojos de los liberales y se desgastará aún más su fuerza económica durante la cruenta conflagración.

El 12 de julio de 1859 Juárez, presionado por sus ministros y por Degollado, proclamó un conjunto de disposiciones legales conocidas como Leyes de Reforma, que establecían la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la creación del registro civil, la secularización de los cementerios, la instauración del matrimonio civil, y que fueron, en conjunto, leyes que sentaban las bases de una sociedad civil, es decir, secularizada.

Al realizar un análisis de las Leyes de Reforma es importante resaltar la ausencia de una actitud regalista, la cual supondría la intromisión del Estado en la administración de los asuntos internos de la Iglesia, como lo había postulado la frustrada reforma de Valentín Gómez Farías en 1833; y, como veremos, más adelante, dicho espíritu regalista pretenderá imponerse durante el imperio de Maximiliano. La mayor parte de los liberales, salvo contadas excepciones, eran católicos practicantes: cumplían con el precepto dominical, casaban a sus hijos y sobre todo a sus hijas por matrimonio canónico. Incluso algunos jacobinos, como Altamirano, escribieron una parte de su producción literaria fuertemente preñada de cristianismo. Otro asunto muy diferente es que fueran anticlericales. Sin embargo, el clero se situó en una actitud intransigente ante las medidas propiciadas por los liberales en sus esfuerzos

por emancipar a la sociedad mexicana, y condenó a los liberales en conjunto, sin matices.

La postura mayoritaria del episcopado mexicano fue expresada por medio de un documento singular, conocido con el nombre de *Manifestación*,¹⁰ por medio del cual los obispos condenaron todas las Leyes de Reforma el 30 de agosto de 1859. En este documento tácitamente desconocían a Juárez como presidente de la República y, aunque hacían votos por la vuelta a la paz, ciertamente su actitud condenatoria contribuyó al encarnizamiento de la lucha civil. Muchas veces me he preguntado al estudiar este capítulo de nuestra historia, ¿por qué el Vaticano, director natural de la Iglesia católica mexicana, adoptó una actitud de intransigencia ante las medidas secularizantes de los liberales mexicanos? Si procedemos a realizar una comparación histórica, como ya lo he esbozado líneas arriba, en los casos de España y del Piamonte, ya no digamos en el Concordato firmado en 1801 con la Francia de Napoleón I, el Vaticano ordenó a las Iglesias de dichos países aceptar gran parte de la disposiciones secularizantes de sus gobernantes. A cambio, la Iglesia conservó su estatus jurídico y obtuvo algunas compensaciones materiales. En este terreno faltan investigaciones documentales meticulosas que despejen completamente mi duda.¹¹ Sólo puedo ofrecer algunas conjeturas. El Vaticano carecía de una información precisa e imparcial de los acontecimientos en México. Su única fuente de información provenía de los

¹⁰ *Manifestación que hacen al venerable clero y fieles de sus respectivas diócesis y a todo el mundo católico los Ilmos. señores arzobispo de México y obispos de Michoacán, Linares, Guadalupe y el Potosí y el Sr. Dr. D. Francisco Serrano como representante de la mitra de Puebla, en defensa del clero y de la doctrina católica, con ocasión del manifiesto y los decretos expedidos por el Sr. Lic. D. Benito Juárez en la ciudad de Veracruz en los días 7, 12, 13 y 23 de julio de 1859*, 1859, México, Imprente de Andrade y Escalante. Fue reeditado por José Rubén Romero, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 1979, vol. 7, pp. 197-240. Véase la selección en “Documentos de la Época de la Reforma”, *Siglo XIX. Historia Socio-Política de México*, 2001, México, ITAM, Departamento Académico de Estudios Generales, pp. 230-40.

¹¹ Luis Ramos (coordinador), *Del Archivo secreto vaticano: la Iglesia y el estado mexicano en el siglo XIX*, investigación de archivo: María Guadalupe Bosch de Souza, Ana María González Luna; introducciones, selección, ordenamiento, paleografía, traducción y notas de Luis Ramos y María Guadalupe Bosch de Souza; 1997, México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, prólogo de Álvaro Matute. Esta selección documental registra un salto lamentable de 1852 a 1863, ¡once años! Por lo tanto, durante toda la época de la Reforma y parte de la intervención carecemos de testimonios publicados.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

obispos mexicanos y del Delegado Apostólico, que tal vez azuzaban la mentalidad de Papa. Como afirma Brian Hamnett: “Pío IX observaba los acontecimientos mexicanos después de 1855 a través de sus ojos italianos, como si las circunstancias fueran idénticas a las que habían llevado a la creación de la República Romana en 1848 y 1849 y Comonfort, Ocampo, Prieto, Lerdo y Juárez fueran los equivalentes americanos de Mazzini y Garibaldi”.¹²

Pasemos ahora a analizar la posición de los Estados Unidos durante la Guerra de Reforma. En el transcurso de la misma se manifestaron otra vez los apetitos de los norteamericanos por adquirir más territorio en el norte de México. La Presidencia de James Buchanan se presentó con un claro deseo expansionista; quiso aprovechar la situación de guerra civil en México y, por medio de su ministro John Fosyth, presentó una oferta de compra de Baja California, partes de Sonora y Chihuahua a Félix Zuloaga, propuesta que le fue denegada. Ante esto, Fosyth propuso romper con el gobierno conservador y que Estados Unidos reconociera al gobierno de Benito Juárez.

Ahora bien, en 1859 tanto los liberales como los conservadores llegaron al convencimiento de que la guerra civil sólo podía concluir con la intervención de una potencia extranjera a favor de uno de los contendientes.

Buchanan envió a Robert McLane ante el gobierno liberal en Veracruz, quien firmó con Melchor Ocampo, ministro de Relaciones Exteriores, el famoso Tratado McLane-Ocampo. Lo estipulado en él ha sido dramatizado hasta la obsesión por la historiografía conservadora mexicana. Patricia Galeana ha esclarecido el contenido del mismo y lo ha presentado como lo que en realidad es: un tratado de tránsito; peligroso, desde luego, para la soberanía de México: “Larga ha sido la discusión e interminable será la disputa de los mexicanos en torno al Tratado McLane-Ocampo; pero es indudable que visto a la luz de la época, bajo las circunstancias en que se dio y ante la presión norteamericana y por todos los antecedentes del mismo, el convenio merece ser entendido. Ante lo que se pretendía, se daba lo menos. No obstante, es evidente

¹² Brian Hamnett, *Juárez*, 1994, Londres, Longman, p. 89.

que el Tratado ponía en grave riesgo la soberanía de México”.¹³ En una obra más reciente la misma historiadora ha precisado: “El Tratado constituyó la culminación de un largo proceso de presiones de Estados Unidos sobre los diversos gobiernos mexicanos hasta que, en medio de la crisis política más grave del siglo XIX, en la que el país se escindió en dos gobiernos, ante la posibilidad que el gobierno liberal desapareciera, Ocampo aceptó, de los males, el que consideró el menor. En una ejemplar negociación diplomática, convirtió un tratado de cesión territorial en uno de tránsito comercial. En las condiciones más adversas el canciller juarista asumió su responsabilidad bajo la divisa de que ‘más allá de la prudencia está la temeridad; más acá la cobardía’.”¹⁴ Por otra parte, Valeria Zepeda ha puntualizado las escasas sesiones que le dedicó el Senado norteamericano a la discusión del mismo, por el hecho de que el documento llegó a los Estados Unidos a principios de 1860: un año electoral, pero no cualquier año electoral, sino aquel en el que se escindió la Unión Americana como paso previo a la guerra civil.¹⁵

El rechazo del Tratado influyó también para que el gobierno de Juárez no recibiera ningún apoyo económico de parte de los Estados Unidos, pero aun sin dicha ayuda las fuerzas liberales empezaron a imponerse sobre sus contrarios.

Por su parte, los conservadores deseaban obtener ayuda europea. En París, el ministro del gobierno conservador mexicano, Juan N. Almonte, procedió a la firma de un Tratado con el embajador de España en Francia, Alejandro Mon. Dicho Tratado es conocido con el nombre de Mon-Almonte. Por este documento diplomático México se obligaba a realizar justicia ante los crímenes cometidos contra súbditos españoles en nuestro país y, por otra parte, se comprometía a cubrir los pagos

¹³ Patricia Galeana, *México y el mundo. Historia de sus Relaciones Exteriores*, 1990, México, Senado de la República, t. III, p. 110.

¹⁴ Patricia Galeana, *El Tratado McLane-Ocampo. La comunicación interoceánica y el libre comercio*, 2006, México, Porrúa-UNAM-CISAN, prólogo de José Luis Orozco, p. 340.

¹⁵ Valeria Zepeda Trejo, “Bajo la Sombra de la División Regional. Un estudio comparativo de la postura del Congreso estadounidense frente al Tratado de La Mesilla y al Tratado McLane-Ocampo, 1854-1860”, dirigida por la doctora Marcela Terrazas y Basante (Maestría), 2004, México, Instituto Mora.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

de la última convención española. No es cierto, como han afirmado algunos autores, que el Tratado pretendiese convertir a México en un protectorado de España. Examinado con rigor, queda muy claro que era mucho menos grave para la soberanía de México que el Tratado McLane-Ocampo.

Durante el año de 1860, el gobierno conservador entró en un franco proceso de descomposición. El 10 de mayo, el general Miguel Miramón, “el joven Macabeo”, sustituyó a Zuloaga. Miramón realizó esfuerzos de todo tipo para derrotar a los liberales, pero fue vencido por ellos el 22 de diciembre en la batalla de Calpulalpan.

El año de 1861 supuso el triunfo del liberalismo, si bien quedaron algunas gavillas conservadoras armadas que se sustrajeron al poder del gobierno. 1861, fue, sin duda, uno de los años más críticos de nuestra historia. A principios de enero, Juárez ordenó la expulsión de los ministros extranjeros de España, de Guatemala, del Delegado Apostólico y de la mayor parte de los obispos. A todos se les culpaba de haber favorecido a la facción conservadora. La Hacienda Pública estaba en ruinas, pues, además de que se había exagerado el valor de los bienes eclesiásticos, muchos fueron malbaratados y vendidos a precios ridículos, beneficiando a una pandilla de especuladores, entre los cuales había algunos ligados al círculo de poder de los liberales. Por otra parte, en abril, Juárez tuvo que dar cuenta de sus actos ante el Congreso desde el momento en que se hizo cargo de la Presidencia por ministerio de ley. Había un poderoso rival para sucederle en la Presidencia. Éste era nada menos que Miguel Lerdo de Tejada, pero falleció de tifoidea el 22 de marzo. El 3 de junio las gavillas conservadoras asesinaron a Melchor Ocampo, crimen que conmovió al Congreso y a gran parte de la población. Santos Degollado y Leandro Valle, quienes habían sido designados por el cuerpo legislativo para vengar el asesinato, corrieron su misma suerte. Estos lamentables hechos demuestran que los conservadores tenían aún fuerza y que la autoridad liberal no se había impuesto en amplias regiones del país.

El 11 de junio el Congreso declaró a Juárez Presidente Constitucional por 61 votos contra 55. Posteriormente, el 7 de septiembre Juárez

logró el apoyo de 52 diputados que le pedían permanecer en el cargo, frente a 51 que solicitaban su renuncia.¹⁶ El presidente, además, enfrentó constantes renunciaciones de sus ministros, ante la gravedad de la situación interna, hacendaria e internacional.

La Intervención

Las coordenadas internacionales

Para ubicar la siguiente etapa de la historia de México hay que tener en cuenta que la situación europea y del continente americano sufrió cambios trascendentes de 1861 a 1867. La escena internacional durante la década de 1860 se nos presenta pletórica de acontecimientos que modificarán la correlación de fuerzas de las grandes potencias.

Es indudable que de 1856, con el fin de la Guerra de Crimea, hasta 1866, la Francia de Napoleón III fue la potencia hegemónica en el ámbito europeo. Con la derrota rusa el ala oriental europea quedó debilitada y sumida en un proceso de reformas internas.

Ahora bien, en el ala occidental era indiscutible la primacía de Gran Bretaña desde el punto de vista económico, porque, sin duda, era el país más industrializado, constituía a su vez el gran mercado de capitales internacionales con sede en la *City* londinense, poseía la mayor armada y la flota comercial más moderna y numerosa. Sin embargo, desde el punto de vista estratégico, inició durante esta década una política internacional llamada a tener una larga tradición: “el espléndido aislamiento” británico. Palmerston, el primer ministro de Gran Bretaña (1855-1858 y 1859-1865) lo expresó claramente cuando declaró que su país no tenía aliados eternos, ni enemigos perpetuos. “Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y es nuestro deber seguir esos intereses”.¹⁷

Dentro del concierto europeo, Prusia se empezará a perfilar como gran potencia hegemónica hacia 1863 y, claramente en 1866, con la

¹⁶ Tamayo, *op. cit.*, t., IV, pp. 545-548 y t. V, pp. 15-7.

¹⁷ Kenneth Bourne, *The Foreign Policy of Victorian England, 1830-1902*, 1970, Oxford, Clarendon Press, p. 291.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

derrota de Austria en la Guerra de la Siete Semanas. Para el objeto de este artículo hay que tener en cuenta que la situación europea sufrirá cambios transcendentales de 1861 a 1867. En efecto, son los años de la lucha por la unificación italiana, casi completada en 1866, y definitivamente consolidada en 1870 con la desaparición del poder temporal del Pontificado. Son también los años de la Unión Liberal en España y del derrocamiento de Isabel II en 1868.

En 1867, “año de maravillas”, tendrá lugar la creación de la Confederación del Norte de Alemania; se llevará a cabo la segunda reforma electoral en Gran Bretaña; mientras que el viejo imperio austríaco se transformará en la monarquía dual danubiana: Austria-Hungría.

Fuera de Europa tendrá lugar la Guerra Civil Norteamericana de 1861 a 1865; la creación del Dominio del Canadá en 1867; la terrible Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Uruguay y Argentina) contra Paraguay. En fin, en medio de grandes convulsiones, pero también de enormes esperanzas, la década de 1860 en todo el orbe ofrece un panorama rico en realizaciones y también en frustraciones para muy diversos pueblos.

38

México y las potencias extranjeras

Los acontecimientos internacionales complicaron aún más la difícil situación del gobierno de México. En abril de 1861 estalló la Guerra Civil Norteamericana. El gobierno mexicano fue objeto de un coqueteo tanto de los Estados Confederados que enviaron un agente a México, John T. Pickett, como de la Unión, que nombró a Thomas Corwin como ministro.¹⁸ El gobierno liberal obviamente se sentía identificado con la causa de la Unión; su ideología lo ligaba claramente al Partido Republicano. La Confederación significaba la esclavitud y el expansionismo territorial y ambos, combinados, habían jugado un papel fundamental en la pérdida de Texas; pero no podía desconocer la existencia de la frontera al Norte con los Estados Confederados.

¹⁸Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera. Los Estados confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865*, 2001, México, Instituto Mora.

Pickett tuvo una misión azarosa en México. Cometió todo género de indiscreciones, ofendió la dignidad de este país, provocó un escándalo al enfrentarse a puñetazos y en público con un ciudadano norteamericano, fue hecho prisionero por las autoridades mexicanas y conminado a salir del país. Por otra parte, su correspondencia, dirigida a Richmond, capital de la Confederación, fue interceptada por el correo mexicano y enviada a Corwin.

Pero no todo fue hostil en México para los confederados. El cacique norteño Santiago Vidáurri estableció un próspero comercio con los sudistas. Matamoros se convirtió prácticamente en un puerto de la Confederación; recibió una serie de materias primas de México o europeas, importadas por este país. Para México era obvio que un eventual triunfo de los Estados Confederados supondría un peligro para su propia seguridad, ya que ellos buscarían expandirse hacia el Sur.

Sin embargo, otro asunto más grave para México que la Guerra Civil Norteamericana surgió ese mismo año de 1861. El desastre de la Hacienda Pública obligó a Juárez a promulgar la Ley del 17 de julio de 1861, la cual decretaba una suspensión, esto es, una moratoria, por dos años de los dividendos de la deuda que se tenía con tres países extranjeros: Gran Bretaña, Francia y España. Dicha medida produjo una réplica europea: la Convención de Londres del 31 de octubre de 1861. Por este acuerdo diplomático, las potencias que lo firmaron se comprometieron a acudir con fuerzas navales y militares a México con el fin exclusivo de que este país reconociese sus deudas.

Para entender en su justa dimensión la intervención europea en México es necesario trasladarnos a ese continente; ya anotamos que a partir de 1856 la Francia de Napoleón III se había convertido en el árbitro de los asuntos europeos. En 1859 intervino en la guerra de Italia a favor del reino del Piamonte y en contra de Austria, logrando expulsar a los austriacos de Lombardía, lo cual dio inicio al proceso de unificación italiana. Aunque Napoleón III ya no intervino militarmente en dicho proceso, sí actuó como árbitro del mismo hasta 1866. Por otra parte, en 1860, el emperador de los franceses había firmado un tratado de libre comercio con Gran Bretaña. Ésta es la razón por lo que las relaciones

RAÚL FIGUEROA ESQUER

de Francia con la primera potencia mundial eran espléndidas. Todo lo anterior presagiaba que la Convención de Londres fuese coronada con el éxito. Sin embargo el emperador de los franceses tenía otro propósito en relación con México. Éste consistía en transformar las instituciones republicanas e instaurar una monarquía en nuestro país.

A la llegada de las fuerzas expedicionarias, Juárez ordenó que no se opusiese resistencia a las mismas, por lo que el puerto de Veracruz fue ocupado entre diciembre de 1861 y enero de 1862. Se invitó a los jefes expedicionarios a sostener conversaciones en Orizaba. En efecto, la diplomacia mexicana pudo lograr la retirada de Gran Bretaña y de España por medio de los Tratados de la Soledad, pero Francia prosiguió su objetivo. El ejército francés, al mando del general Lorencez sufrió una derrota al intentar tomar la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1862. Esta victoria republicana, como explica Josefina Zoraida Vázquez se reflejó “en la actitud de la nación ante esta nueva invasión extranjera se hacía evidente el cambio sufrido desde la derrota frente a los norteamericanos. La nueva conciencia nacional facilitó la movilización e incluso el intento francés de tomar Puebla se convirtió en una derrota inicial”.¹⁹ El general Zaragoza, comandante de las fuerzas mexicanas, libró una batalla doble: contra el ejército francés y contra una ciudad que era hostil a la causa republicana.

El gobierno de Juárez enfrentó en solitario la intervención francesa, pese a que hubo muestras de simpatías para la causa republicana de parte de los diplomáticos de algunos países latinoamericanos, los cuales llegaron incluso a demandar la intervención de William H. Seward, secretario de Estado norteamericano, pero la contienda interna al norte del Río Bravo le impedía tomar una posición a favor de los republicanos de México. Seward se decidió por la neutralidad.

Fernando Iglesias Calderón señaló que esta situación de colocarse al margen fue muy relativa: los Estados Unidos asumieron una actitud de egoísmo durante la intervención francesa.²⁰ Seward era un expansio-

¹⁹ Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, 1994, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, p. 85.

²⁰ Fernando Iglesias Calderón, *El egoísmo norteamericano durante la intervención francesa*, 1905, México, Imprenta Económica.

nista, representaba el ala derecha del Partido Republicano y no compartía el idealismo de Abraham Lincoln. El ejército francés pudo comprar parte del equipo necesario para invadir México en puertos de la Unión y con ello realizar el segundo sitio de Puebla.

En dicho sitio la ciudad resistió por más de setenta y dos días hasta que, a finales de mayo de 1863, cayó en poder del ejército francés, comandado por el general Aquiles Federico Forey. Juárez decidió no oponer resistencia a los invasores en la ciudad de México y trasladó la capital a San Luis Potosí. A partir de este momento existirá una dualidad de poderes en México: el Imperio y la República. Ésta fue acorralada, pero nunca vencida.

El Imperio

El 12 de junio, Forey, las fuerzas expedicionarias y las colaboracionistas de Márquez y Almonte, entraron en la capital de la nación. Acto seguido, el día 16, por medio de un decreto, Forey anunció la formación de una Junta Superior de Gobierno compuesta por 35 personas, la cual convocó a una Asamblea de Notables, compuesta por 250 elementos conservadores y algunos liberales moderados, que decretó, después del dictamen encomendado a Ignacio Aguilar y Marocho, que México debía constituirse en una monarquía moderada con un príncipe católico a su cabeza. El poder ejecutivo quedó provisionalmente en manos de una regencia compuesta por los generales Almonte y Salas y el recientemente nombrado arzobispo de México, monseñor Labastida; como suplentes quedaron el obispo de Tulancingo, Juan B. Ormaechea y el magistrado José Ignacio Pavón.

La persona destinada como emperador, a instancia de Napoleón III, resultó ser el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, segundogénito de la dinastía austriaca. La razón por la cual Maximiliano fue designado por Napoleón la expresó el propio emperador de los franceses al afirmar que para él era “especialmente sensible” ofrecer la Corona de México a un miembro de una dinastía con la que recientemente había estado en guerra. Como ya vimos Francia había esta-

do en 1859 en guerra contra Austria en la primera fase de la unificación italiana.

Puede ser discutida la “magnanimidad” de Napoleón III hacia Austria, al parecer su actitud radicó en su sistema internacional de contrapesos.²¹ Napoleón III veía en la candidatura de Maximiliano para el Imperio de México una forma de reconciliarse plenamente con Austria.

Sin embargo, Maximiliano no era la persona adecuada para gobernar un Estado lleno de dificultades como México. Un contemporáneo francés, Emmanuel Masseras escribió una descripción de Maximiliano que resume todos sus defectos:

Ligero hasta la frivolidad; versátil hasta el capricho; incapaz de ser firme en las ideas como en la conducta; a su vez irresoluto y obstinado; pronto a los caprichos pasajeros sin tomar en cuenta a nadie, a ninguna persona; amante por encima de todo de lo fino y del aparato, teniendo horror al fastidio y más todavía a los fastidiosos; inclinado a refugiarse en su minuciosidad para ocultarse a las obligaciones serias; empeñando su palabra y faltando a ella con igual inconciencia, no teniendo en fin la experiencia y el gusto a los asuntos graves y sólo inclinándose ante las cosas agradables de la vida. El príncipe encargado de reconstruir a México era, bajo todos los puntos de vista, diametralmente opuesto al que hubiera necesitado el país y la circunstancias.²²

Es indudable que Maximiliano tenía buenas intenciones para su nuevo país. Sin embargo, su mayor dificultad fue cuán poco llegó a conocer México durante los tres años que fue emperador. La emperatriz Carlota, sin duda mucho más inteligente y con enormes cualidades en el manejo de los asuntos políticos, era superior a Maximiliano en perseverancia y hubiera hecho seguramente un papel brillante en un país con menos problemas que los que tenía que resolver México. Al analizar a Carlota, Martín Quirarte señaló que hay dos aspectos en los que se debe insistir: primero, tenía tal respeto a su marido, tal devoción, tal poder de abne-

²¹ Francis Roy Bridge y Roger Bullen, *The Great Powers and the European States System, 1815-1914*. 1980, Londres y Nueva York, Longman, pp. 89-98.

²² Emmanuel Masseras, *Ensayo de un imperio en México*, 1983, México, Libros del Bachiller S. Carrasco, traducción de Fernando Orozco Linares, p. 26.

gación que acababa por someterse a él. Sus cualidades no podían desplegarse mientras él viviera o estuviera presente. Por otra parte, es posible rastrear ciertas manifestaciones de demencia que se traslucen en sus cartas, ya desde 1864.²³

Maximiliano alejó completamente a los conservadores como miembros de su gabinete. En cambio, se rodeó de liberales moderados que si bien habían renunciado a sus convicciones republicanas no lo habían hecho a su credo político. En consecuencia, el emperador desplegó una política hacia la Iglesia que no sólo confirmaba en su totalidad la legislación reformista decretada por Juárez, sino que asumió una actitud claramente regalista al tratar de inmiscuirse en los asuntos internos de la Iglesia. Maximiliano pretendía el establecimiento del regio patronato, así como que la Iglesia pasara a ser un órgano del Estado y, por lo tanto, recibiera una subvención de éste. Se observa en dicho ideario que en la reforma del Segundo Imperio, Maximiliano propugnó no por la separación de la Iglesia y del Estado, sino la sujeción de la primera al segundo. Con estas bases doctrinales del príncipe austriaco era obvio que no se llegaría a un entendimiento con monseñor Pedro Francisco Meglia, nuncio designado por el papa Pío IX para el arreglo de los asuntos pendientes entre la Iglesia y el Estado mexicano. En consecuencia, los obispos y los conservadores terminaron por alejarse de Maximiliano.

La política social, sobre todo en lo referente a la cuestión de los peones, fue atendido con carácter avanzado por parte de las autoridades imperiales. Carlota misma tomó una decidida participación como coautora del decreto del 1º de noviembre de 1865, que pretendía mejorar la situación de los peones y proteger a los campesinos. No obstante, dicho programa social de Maximiliano fue muy contradictorio, porque al lado del decreto reseñado, el 5 de septiembre del mismo año promulgó otro para restablecer la esclavitud en México.²⁴ Tal vez una de las razones de dicha contradicción estribó en el hecho de que un grupo de derrotados confederados se trasladó a México y recibió una cordial

²³ Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, 1970, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, p. 170.

²⁴ Luis Chávez Orozco, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866*, 1961, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, pp. 90-1.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

recepción por parte del emperador, se autorizaba el traslado de sus esclavos. Se elaboraron planes de colonización e incluso el Imperio expidió el decreto arriba aludido. Esta disposición permitía una encubierta restauración de la esclavitud, lo cual significaba abrir las puertas de México a los antiguos confederados y el recorrido de la “singular institución” unos grados más al sur.

Las contradicciones de la política imperial fueron numerosas. Como defensor de la soberanía de México, Maximiliano dio su mayor prueba del compromiso con su nueva patria al oponerse sutilmente a los planes de colonización de Sonora que tenía William M. Gwin, ex senador norteamericano, sudista y ennoblecido con el título de duque por Napoleón III, quien pensaba utilizar al rocambolesco personaje con el plan de establecer un protectorado francés en dicho Estado norteño. Ana Rosa Suárez Argüello ha explicado meticulosamente cómo transitó Maximiliano de la desconfianza, al aplazamiento y finalmente al rechazo a dicho plan.²⁵ Por una vez se mostró el emperador como gran defensor de su nueva patria.

Es necesario precisar el papel jugado por los Estados Unidos durante la intervención y el imperio. Ciertamente, el gobierno norteamericano siempre reconoció como único gobierno legítimo de México al republicano. Matías Romero, el ministro republicano en Washington, se vio en la necesidad de llevar a cabo una diplomacia muy atenta y vigilante en esta ciudad. Me atrevo a afirmar que si Seward no rompió con la República y reconoció al Imperio fue por no renunciar a la Doctrina Monroe, principio de la política exterior estadounidense, y por la influencia de Lincoln. En público, Seward se presentaba como un republicano radical, renuente a sostener el menor trato con el Imperio, pero “en conversaciones privadas con diplomáticos extranjeros mostraba una tolerancia por la monarquía mexicana, por lo que permitía a los imperialistas un cierto grado de esperanza”.²⁶ En 1865, Lincoln fue asesinado y su sucesor Andrew Johnson dejó toda la política exterior en las manos de Seward.

²⁵ Ana Rosa Suárez Argüello, *Un duque norteamericano para Sonora*, 1990, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

²⁶ Arnold Blumberg, *The Diplomacy of the Mexican Empire, 1863-1867*, 1971, Philadelphia, The American Philosophical Society, p. 79.

Dejamos a Juárez cuando marchó, en junio de 1863, a San Luis Potosí. De esta ciudad inició un largo peregrinaje que lo llevó a Saltillo, Monterrey, Saltillo nuevamente, Chihuahua y Paso del Norte. Pedro Salmerón explica que “al recorrer las vastas extensiones semidesérticas que separaban San Luis de la nueva capital, don Benito se internó en un México distinto del que conocía. En Saltillo ya estaba de lleno en el vasto norte, en los extensos y poco poblados territorios que nunca formaron parte de las altas culturas de Mesoamérica; una zona de colonización tardía y epidérmica, caracterizada por la guerra permanente y contra los belicosos grupos nómadas, guerra que seguía siendo el principal asunto público en estados como Sonora, Chihuahua y Coahuila”.²⁷ En su santuario final, el estado de Chihuahua, fue auxiliado por el célebre cacique nortño Luis Terrazas; con gran precisión, José Fuentes Mares se refirió a esta epopeya con el significativo título: ... *Y México se refugió en el desierto*.²⁸

El presidente fue acompañado por sus ministros y llevó con él la esencia de la autoridad legítima republicana. Su gobierno sufrió una serie de descabros. Algunos liberales como González Ortega, Manuel Ruiz y Guillermo Prieto, se separaron de él;²⁹ otros, como Comonfort, perdieron la vida en la lucha contra los imperialistas; otros más se exiliaron, como Doblado, quien falleció en Nueva York. Eran muy pocos, pues, los que durante 1864 y 1865 creían en la posibilidad de triunfo de la causa republicana. Serán los acontecimientos internacionales los que decidirán la suerte del Imperio. Por otra parte Maximiliano, inducido por Bazaine, cometió el error de declarar que Juárez había abandonado el territorio nacional. Esta afirmación le valió para promulgar el decreto imperial del 3 de octubre de 1865, que declaraba bandoleros a

²⁷ Pedro Salmerón, *Juárez. La rebelión interminable*, 2007, México, Planeta Mexicana, p. 150.

²⁸ José Fuentes Mares, ... *Y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas: historia y destino*, 1954, México, Jus.

²⁹ El motivo de separación de estos liberales fue encontrarse en desacuerdo con Juárez por haber prorrogado, en virtud de dos decretos del 8 de noviembre de 1865, sus poderes presidenciales a consecuencia de las circunstancias tan críticas y excepcionales que vivía la República. Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La reforma y el Segundo Imperio*, 1994, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, prólogo de Bertha Flores Salinas, nota introductoria de Martín Quirarte, pp. 220-1.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

los guerrilleros republicanos. Decreto impolítico y cruel que pronto se puso en aplicación siendo las primeras víctimas los generales Arteaga y Salazar.³⁰

Hay que precisar que, en el declive del Imperio, los Estados Unidos tuvieron un papel tangencial. Fue mucho más importante lo que ya desde 1905 resaltó Carlos Pereyra en la obra en la cual es coautor con Justo Sierra: la suerte del Imperio, más que en la caída de Richmond, capital de los confederados, quedó sellada con la victoria de los prusianos sobre los austriacos en Sadowa.³¹ En efecto, la derrota de Austria, el 3 de julio de 1866 en la Guerra de las Siete Semanas, supuso la desaparición de la Confederación Germánica, la cual era dirigida por Viena, así como la expulsión de Austria de los asuntos alemanes y la creación, por Otto von Bismarck, de la Confederación del Norte de Alemania en 1867, un paso previo a la unificación o, más bien, a la conquista prusiana del resto de Alemania.

El engrandecimiento de Prusia creó un desequilibrio en el continente europeo en contra de Francia. Lo anterior reforzó la decisión de Napoleón III de retirar el ejército expedicionario de México, si bien esta determinación ya había sido adoptada el 15 de enero de 1866 y Maximiliano tuvo conocimiento de la misma el 21 de febrero. Cuando en agosto de 1866 arribó la emperatriz Carlota a París con el propósito de que Napoleón suspendiese las órdenes de retirar su ejército de México, no pudo hacerlo en peor momento: un mes antes tuvo lugar la batalla de Sadowa, la cual constituyó el aplastamiento de Austria por Prusia. Pese a las dramáticas escenas de Carlota ante Napoleón y Eugenia, éstos ya no querían saber nada de los asuntos de México. El soberano europeo no podía permitir que una tercera parte de su ejército permaneciese en México, dejando desprotegida a la propia Francia ante una Prusia exultante por el triunfo contra los austriacos y con su proceso de unificación ya muy avanzado. Por otra parte, Seward inició una

³⁰ Tamayo, *op. cit.*, t. X, pp. 238-45, 289.

³¹ Justo Sierra [y Carlos Pereyra], *Juárez, su obra y su tiempo*, 1972, México, Cámara de Diputados, prólogo y notas de Martín Quirarte, pp. 415-80. Las meticulosas explicaciones de maestro Quirarte sobre los capítulos escritos por Carlos Pereyra se encuentra en el prólogo, pp. XXXI-XLIII.

presión diplomática sobre el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, exigiendo la retirada del ejército francés de México. Dicha presión adquirió una forma más acentuada después de lo ocurrido en Sadowa.

En Roma, después de su fracaso ante Napoleón III, la infortunada princesa perdió por completo la razón ante el papa Pío IX, al constar la ruina de su Imperio por el que tanto había luchado.

La ayuda material norteamericana, es decir, el envío de armas y pertrechos a los republicanos mexicanos, tuvo lugar después de que la Confederación fue vencida y se llevó a cabo de manera irregular. Algunos escritores norteamericanos han exagerado esta cooperación y casi consideran el triunfo republicano sobre el Imperio como propio. Lo que en realidad sucedió fue que, a medida que el ejército francés desocupaba las ciudades nortañas, éstas eran capturadas por los republicanos. En Oaxaca, en cambio, Porfirio Díaz realizó un tenaz esfuerzo, obligando a los franceses a evacuar la capital de su Estado.

Las órdenes de evacuación de Napoleón III fueron fielmente cumplidas por el mariscal Aquiles Bazaine. Las fuerzas francesas abandonaron en orden y con gran disciplina el país entre enero y marzo de 1867. Bazaine fue el último que se embarcó los primeros días de marzo. Los guerrilleros republicanos aplicaron a los franceses el viejo refrán castellano que dice “A enemigo que huye, puente de plata”. Maximiliano, que se había alejando de sus antiguos colaboradores liberales y vuelto con los conservadores, determinó no abandonar el país “como un fardo del ejército francés”. Bazaine realizó repetidos esfuerzos por convencerlo de que su seguridad personal estribaba en abandonar México con las fuerzas francesas. Su orgullo de Habsburgo y una confianza ciega en poder reconstruir un ejército imperial mexicano bajo el mando de Miramón, Márquez y Tomás Mejía fue lo que selló su destino hasta llegar a la caída de Querétaro.

Poco antes de la derrota del Imperio, Seward tuvo comunicación con Matías Romero y expresó el deseo del gobierno norteamericano en cuanto a que Maximiliano fuera bien tratado si era hecho prisionero. Romero respondió que los Estados Unidos nunca habían pedido a los franceses que tratarán bien a Benito Juárez, si hubiera sido hecho

prisionero en 1864 o 1865. Seward sufrió una fuerte presión de los diplomáticos europeos acreditados en Washington para interceder a favor de la vida de Maximiliano. Sin embargo, no le quedó al secretario de Estado más remedio que aceptar la decisión mexicana que prosiguió después del juicio al que fue sometido el archiduque. El 19 de junio Maximiliano era fusilado, junto con Miramón y Mejía.

El triunfo de la República sobre el Imperio, en 1867, constituyó un verdadero parteaguas en la vida política mexicana, que no debe ser soslayado. No significó, desde luego, que desapareciesen los angustiosos problemas sociales sufridos por la mayoría de los mexicanos pobres del campo, sino todo lo contrario: muchos de estos males se vieron agravados con la desaparición de gran parte de sus tierras comunales. En 1868, Juárez tuvo que hacer frente a una gran sublevación indígena en Chiapas, sangrientamente reprimida: es el lado oscuro de la Reforma. Sin embargo, es necesario resaltar que por fin México contaba con un Estado fuerte, constituido sobre elementos sólidos y emancipado de las fuerzas que habían impedido su plena consolidación.

La Iglesia, despojada de la mayor parte de sus bienes, liberada de sus preocupaciones políticas, iniciará en algunas regiones importantes del país una verdadera segunda evangelización, que ha puesto de relieve Jean Meyer.³² Emancipada del Estado, libre del regalismo que trató de imponerle Maximiliano, comenzará una convivencia, en ocasiones difícil, con un Estado laico, pero que a la larga la dotará de una gran fuerza moral entre muchos mexicanos.

El ejército derrotado constituía el resto de aquella vieja formación pretoriana, mientras que el nuevo ejército republicano aceptaba en su mayor parte el hecho de estar sujeta al poder civil. La anterior afirmación, con todos los matices del caso, debe resaltarse dentro de la historia militar de América Latina.

Por otra parte, para las naciones europeas fue una dura lección el trágico fin de Maximiliano. De hecho, ninguna de ellas volvió a intentar llevar a cabo proyectos monárquicos, no sólo en México, sino en ningún país de nuestra América.

³² Jean Meyer, *La revolución mexicana, 1910-1940*, 1991, México, Editorial Jus, traducción de Héctor Pérez-Rincón G. y *La cristiada*, 1973, 3 vols., México, Siglo XXI, traducción de Aurelio Garzón del Camino.

Por último, cabe resaltar la extraordinaria moderación de que hicieron gala los republicanos triunfantes sobre la mayor parte de los líderes conservadores. Si se exceptúan los casos de Miramón, Mejía y algún otro destacado militar, el resto de los servidores del Imperio sólo sufrió prisión temporal o cortos exilios en el extranjero. Es importante destacar este hecho. En pocos países, al fin de una guerra civil, se ha sido tan clemente con los vencidos. Ahí reside la grandeza moral de Juárez y sus colaboradores.